

A la memoria de

Monseñor Guízar

(R. I. P.)



BX4705

.G76

R8

c.1

Elogio Fúnebre

Editorial Voluntad



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



BX4705

.G76

R8

c.1

533



1080025597

Luchando contra la Bestia

por el Exmo. Sr. Obispo de Huejutla. Formidable obra en la que la mirada penetrante y severa del más grande de los Obispos mexicanos fustiga al Comunismo. \$ 2.50.

TIRANO Y VICTIMAS

por CLAUDIO ALVAREZ. - Un libro real de una tragedia de oprobio y vergüenza. La persecución religiosa en Veracruz. \$ 2.50

Vida de Jesús

por Francisco Valdés Vergara. Pequeño libro de diáfana exposición sobre Cristo. Precio \$ 1.00.

Manual de Cuestiones Contemporáneas

por el Cardenal VERDIER. Pequeño libro sumamente interesante. Especialmente para los obreros y patronos. El Cardenal Verdier es un maestro en estas cuestiones. \$ 0.50.

**AL HACER SU PEDIDO
ACOMPÁÑE EL IMPORTE**

Elogio Fúnebre a

Mons. Rafael Guízar

en su sepelio en la
Ciudad de Jalapa.

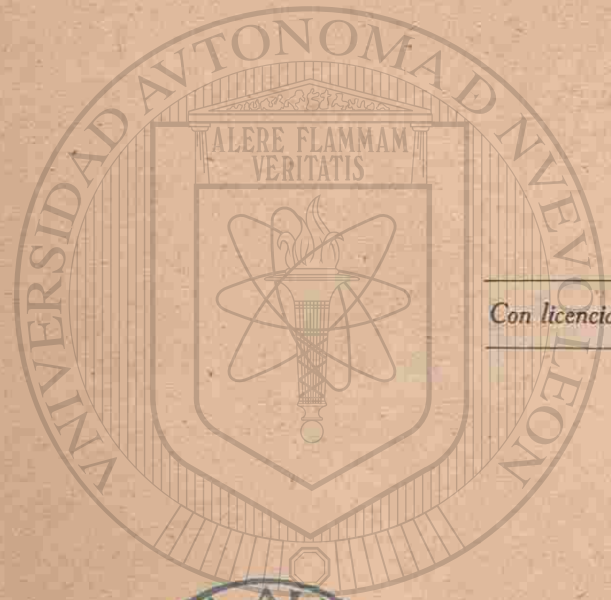
Por el Presbítero
RAFAEL RUA A.

EDITORIAL VOLUNTAD

APARTADO POSTAL 9083. MEXICO.

V
922
6

8x4705
676
28



Con licencia Eclesiástica.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

125772



MAESTRO:

que tus enseñanzas, emanadas de las del Supremo Maestro Jesús, fructifiquen en tu amado suelo veracruzano y ascienda el perfume de tu humildad por todos los ámbitos patrios.

004313



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Excelentísimos Señores: (1)

Muy Venerable Cabildo: (2)

Venerables Sacerdotes:

Oyentes muy amados:

Entre el cielo y la tierra se levantó una cruz; las generaciones que habían pasado la vieron a través de un prisma de esperanza; las generaciones que se han sucedido la han contemplado a través de un prisma de adoración. Sobre esa cruz estaba Cristo. El que vistiera el cielo con el tisú de las estrellas, las campiñas con flores y a los pájaros con la seda tornasolada de sus plumajes brillantes, con una vestidura tejida con los hilillos de su propia sangre, agonizaba sobre el patíbulo.

La multitud de los siglos le contempló y Él, en un exceso de amor igual al que arrancó, con un grito de omnipotencia, de los abismos de la nada, el torbellino de los mundos, buscó algo más que dar a los hombres antes de morir. Hizo el recuento de lo que ya tenía entregado. En la solemnidad del Cenáculo entregó por amor, en el milagro Eucarístico, su Divinidad y su Humanidad, su Cuerpo y su Sangre por la

- (1) Sres. Obispos Dr. Dn. Antonio Guízar, hermano del difunto y Sr. Dr. Dn. Francisco González, primohermano del Obispo muerto.
- (2) El de la Diócesis de Veracruz.

salvación del mundo; en una mirada de comprensión sobre los siglos, dejaba al mundo, como herencia, el prodigio de su Iglesia, y el haber dado en la Eucaristía todo su ser Divino-Humano, permitidme la figura, pensó que lo había entregado todo; mas dióse cuenta de que al pie de la cruz, recibiendo la última gota de su sangre, como en sublime reclamo de la primera gota entregada a la acción del Espíritu Santo en Nazareth, estaba María. Y en nuevo exceso de amor, semejante al creador de la Eucaristía y de la Iglesia, nos entregó a su Madre. ¡Esa fue la preciosa herencia de Jesús!

El Maestro Sublime ha encontrado, por el sendero de los siglos, aventajados discípulos que han sabido posar las plantas sobre las gotas de sangre y huellas de cruz que señalan el verdadero camino; que supieron vivir pobres de espíritu, como el Maestro, y morir pobres sobre la cruz del cumplimiento del deber. Entre ellos, nadie podrá negarlo, debemos contar al Exmo. Sr. Obispo de Veracruz, cuyos despojos están presentes.

Este discípulo aventajado, como el Maestro en el instante de su vida, quiso dejarnos una preciosa herencia muy semejante a la de Jesús. Si Cristo nos entregó todo su sér en el milagro de la Eucaristía; en una mirada de comprensión sobre los siglos, el prodigio de su Iglesia, y, en un exceso de amor nos entregó a su Madre; el Señor Obispo de Veracruz, en un arranque sublime de amor a las almas, realizó el sacrificial prodigio de inventar algo así como una nueva especie milagrosa de Eucaristía, en la que pudo entregar a sus hijos todo su ser, su apostolado; en un derroche de apostólico amor, dejó a la Iglesia un crecido número de sacerdotes veracruzanos formados por él, y en el Seminario, un álveo mirífico de almas

sacerdotales. Y si su Excelencia aún hubiera tenido madre al morir, habríala entregado también, como Cristo nos entregó a María; pero como ella le había tomado la delantera en el Cielo, nos dejó el tesoro de sus preciosos recuerdos.

I.

En un derroche de amor el Dios Infinito dió a los hombres la generación infinita y eterna de su propia substancia, entregando al Verbo Divino. Nos lo dice la Santa Escritura: "Tanto amó Dios al mundo, que le dió a su Hijo Unigénito".

El Verbo se hizo hombre y amando a los suyos que estaban en el mundo, los amó con exceso. Por amor inventó un nuevo milagro de creación para entregarse con toda su substancia, divina y humana, toda su alma, todo su cuerpo, toda su vida, todo su sér. Y creó la Divina Eucaristía. Fue la dación de su sér en un misterio de amor.

Diecinueve siglos después, en las preciosas páginas del Evangelio, leyó un discípulo del Maestro Divino, la sublime historia; haciendo de su alma una custodia de oro, puso en ella la Eucaristía y entendió y sintió y saboreó la dación sublime de Jesús. Enamorado con locura del Maestro, y por El, enamorado de las almas, quiso entregarse a ellas. ¿Pero cómo realizar el prodigio? No era dueño de la substancia de las cosas, ni tenía en sus manos las leyes sorprendentes que gobiernan los mundos; pero tenía un alma, un cuerpo, una vida que entregar por amor a las almas, en el sacrificio de una preciosa vida de apostolado.

El templo donde fue ordenado sacerdote fue su Cenácu-

lo, en él, al ser convertido en sacerdote, permitidme la expresión, instituyó la milagrosa nueva especie de Eucaristía, en la que entregaría, por amor a las almas y para siempre, todo su sér. Después, misionando por todas partes, en los campos de la querida Patria y en naciones extranjeras, empezó la preciosa entrega de todas sus energías, de su vida, y el aniquilamiento de su cuerpo. Fue en la Diócesis de Veracruz especialmente donde terminó la realización de su milagro de amor.

El Señor Obispo entregó a las almas su alma, en el calvario del sacrificio, desde que inició su vida sacerdotal; porque si toda vida de cumplimiento de deberes es un calvario, con mayor razón lo es la vida del sacerdote.

Consagró su vida a su alto ministerio, no en forma ordinaria, sino haciéndola ascender a las esferas del mayor don que Dios puede conceder a los hombres, el del apostolado.

Aniquiló su cuerpo en el trabajo, hasta la última vibración de su sistema nervioso, hasta el último latido de su corazón de hombre y de sacerdote, hasta el último hálito de su preciosa existencia.

Quienes tuvimos el alto honor y la inefable dicha de acompañarle en las misiones, fuimos testigos de la dación sacrificada de su alma, de su cuerpo, de todas sus energías y de su vida, por amor a las almas. Hagamos un recuerdo.

En cierta ocasión, misionando en una parroquia de la sierra de Huatusco, allá por los años de 1925, le ví, hablando sin hipérbole, arrastrar su cuerpo agobiado por altísima fiebre, pasarse las noches de claro en claro, en el confesonario, levantándose de él para celebrar el Santo Sacrificio y conti-

nuar sus meritísimas labores de predicación, confirmación y enseñanza del Catecismo.

Se me antojó entonces recordar la bella obra de Marmión: "Jesucristo Vida del Alma", y me dije: Si Jesucristo es vida del alma y el alma es vida del cuerpo, ¿por qué no decir que puede también ser Jesús vida del cuerpo, cuando el alma le ama? Esto se palpó en la vida de constante dación del Señor Obispo de Veracruz, en que aunque con el organismo agotado, el ideal de Cristo le vivificaba en todas sus acciones. En sus trabajos misionales, lo digo en presencia de su cadáver, yo le ví dar a las almas y por las almas todo su sér. ¡Preciosa nueva especie de Eucaristía en que un hombre apóstol, no pudiendo dar su propia substancia, como Jesús, supo entregar toda su vida!

II.

Si sólo el amor de un Dios fue capaz de entregar a los hombres a su Verbo Infinito; si sólo el amor de un Dios Encarnado fue capaz de realizar el milagro de la Eucaristía, sólo el amor de Jesucristo fue capaz de crear la Iglesia.

—Tres años de vivir con los hombres—pensó cierto día Jesús—, son muy poco tiempo para los anhelos de mi amor sin límites; tres años de vivir los hombres conmigo, son muy poco tiempo para las miserias inmensas de la pobre humanidad. Ciertamente es que me doy a ella íntegramente en el milagro Eucarístico; ¿pero quién me llevará en el secreto de la Eucaristía a la vida de todos los hombres y al corazón de todas las generaciones? Cuando muera en la cruz ¿quién quedará en

la tierra para sanar a los enfermos, resucitar a los muertos y sobre todo, perdonar a los pecadores? ¡Necesito un nuevo milagro! Y llamando a los pescadores del mar de Galilea convirtiéndolos en apóstoles.

Fundó la Iglesia, facultó a sus discípulos para perpetuar el sacrificio de la Cruz, en la Misa incruenta; les autorizó para llevar su divina palabra por el mundo y por los siglos, para derramar su gracia por el misterioso canal de los Sacramentos y pensó: Ya no queda sola la humanidad. Tendrán los ciegos quien les dé la luz, las almas enfermas la salud, y los corazones pecadores el perdón y la vida.

¡Cuánta razón tuvo Jesús para fundar la Iglesia! En la Eucaristía se quedó; pero en silencio, sin poder correr tras de las ovejuelas perdidas; en la Iglesia místicamente dejó sus manos para enjugar lágrimas, su lengua para hablar de la Verdad Eterna y de los consuelos de la Gloria; sus pies para ir en pos de los pecadores; su corazón para compadecer todas las miserias. Si la Encarnación fue algo así como una segunda especie de Eucaristía en que el Padre Celestial dió a su Verbo Infinito, la Iglesia es como una segunda especie de Eucaristía en la que Jesús, como en el milagro del Cenáculo, se entregó totalmente a los hombres, hasta la consumación de los siglos.

Como sacerdote de esa Iglesia, como partícula de aquella Eucaristía pasó por la tierra el Señor Obispo de Veracruz, miembro del Cuerpo místico de Cristo. Pudo facultado por el Maestro Divino desde hace diecinueve siglos, continuar el Sacrificio del Calvario en beneficio de los hombres; pudo, co-

mo el Maestro, sanar a los enfermos del alma y resucitar a la vida de la gracia a los corazones muertos.

Cierto día, empero, ya consagrado Obispo el Sr. Guizar, pensó: Algún día, cuando llegue a la cumbre de mi calvario, enclavado sobre la cruz del cumplimiento de mis deberes, habré de morir. Entonces mis hijos, los hijos que Dios me ha donado, los corazones veracruzanos, se quedarán sin mí. ¿Cómo quedarme con ellos? ¿Cómo dejarles mis manos para que enjuguen sus lágrimas, mis pies para que corran tras de los pecadores, y mi corazón para compadecerlos? —¡Haré lo que el Maestro! Y se acercó a las riberas del mar de la vida, llamó a unos hombres para trocarlos, divinamente facultado, en pescadores de almas; los plasmó en conformidad con las enseñanzas del Divino Nazareno, los modeló en el troquel de su espíritu, y dejó a la Diócesis de Veracruz un Clero nuevo.

Así se completó un corazón.—¿Cómo?—preguntaréis. Así se completó el corazón que viene hoy a llorar con amor y gratitud ante el féretro del Prelado muerto. Su predecesor en el Episcopado, dejó al morir la mitad del corazón, en sus sacerdotes; el Sr. Obispo Guizar, al morir dejó también en los sacerdotes formados por él, la mitad del corazón. De esas dos mitades, fuertemente apretadas por el vínculo de oro del amor cristiano y de la Iglesia, se hace una síntesis de corazón que, en estas circunstancias de amargura, eleva al cielo el incienso de sus plegarias por el descanso del alma del padre muerto, y derrama las mismas lágrimas de sinceridad cabe su tumba. Como el Maestro Divino, el hombre apóstol, Monseñor Guizar, dejó en la Iglesia de los siglos a su amado Clero. ¡Preciosa herencia!

III.

El amor hizo a Jesús darse en la Eucaristía; el amor sólo lo llevó a darse místicamente en su Iglesia, y sólo el amor pudo obligarlo a entregar a los hombres a María por Madre. Podemos decir que fue María la tercera parte de su herencia sublime.

Usando de figuras que me permitiréis, os diré: "Tal fue el amor que el Sr. Obispo Guízar tuvo a las almas, y tan grande fue su esfuerzo por imitar al Maestro en todos los pasos de su vida, que si aún hubiera vivido su madre, nos la habría entregado, para satisfacer a su amor y para imitar a Cristo. Su madre, empero, le tomó la delantera en el Cielo, y sólo pudo dejarnos, después de haber dado a las almas cuanto tenía el precioso tesoro de sus recuerdos.

Incontables son los recuerdos que el Señor Obispo Guízar nos dejó, como ejemplos de pobreza, de resignación, de caridad, de espíritu de sacrificio, de absoluto desinterés; pero sería prolijo hablar de todos; sería necesario presentaros a través del prisma de mis miserias y absoluta incapacidad, la santidad de la vida de un hombre. Por eso sólo me concretaré a recordar, ante vosotros, uno de los últimos hechos que palpé en su vida y que me impresionó profundamente,

Cumplía el Señor Obispo los 60 años de su edad. Hallábase recluso en el humilde refugio que fué testigo de sus últimos días; estaban presentes el Sr. Dn. Emiliano Guízar, hermano del Prelado, y el Padre Lara, su familiar. Padecía horriblemente el enfermo; quienes estábamos presentes hubiéramos querido, con la palabra y con las miradas, ayudarle a

sufrir. El Señor Obispo se quejaba amargamente; la furia del dolor le había obligado a romper el silencio, siempre vestido de sonrisas, en que pasó sus últimos días. Entre sus ayes, resignado y amoroso para con Jesús, prorrumplía: "Cuánto te amo, Dios mío, y cuánto me amas, pues así me haces sufrir". Y repentinamente, haciendo un esfuerzo sobrehumano para levantar aquel cuerpo antes tan ágil en el trabajo realizado por Dios, y en ese entonces casi completamente aniquilado, con sus ojos, intensamente azules, preñados de lágrimas, mirando hacia el cielo, me dijo: "Padre, vamos cantándole a la Virgen. ¿Se acuerda del Recordare?. Le cantaremos ahora, como en las misiones". Y entoné el cántico entre sollozos. El Señor Obispo lloraba, y lloraban los dos testigos.

El Prelado y su antiguo familiar volvieron a cantarle a la Virgen, como en las misiones. Llevé la voz primera, el hizo segunda, y en las últimas palabras del cántico, donde se termina el hermoso pensamiento: "Acuérdate de mí, en la presencia de Dios", las notas del canto transformáronse en lágrimas, y ya no se escaparon por los labios, sino que se nos fueron por los ojos.

(¡Llorad, llorad, justas son vuestras lágrimas! ¡Un hombre como Mons. Guízar, merece ser llorado así...!).

Perdonad la digresión. Finalizado el cántico, dijo el Señor Obispo a su hermano y a su familiar: "Salgan un poquito; porque me quiero reconciliar". Los circunstantes salieron y el Señor Obispo se confesó conmigo. ¡Escuché la confesión de un santo! De rodillas; porque no pude escucharla en otra forma. Habiéndole dado la absolución, le supliqué llorando. "Señor, que su corazón caritativo me haga un último bien...".

—“Diga, Padre, estoy dispuesto a oírle”.

—“Señor;—volví a decir—cuando V. E. llegue al Cielo, dé de mi parte un beso sobre las plantas de la Virgen, y dígame que me ampare y no me olvide”.

—“Pierda cuidado,—contestó el Señor Obispo—, cuando llegue yo a la Gloria, lo que espero firmemente de la bondad infinita de Dios, le daré el beso a la Virgen y su recado...”

Quando entré anoche en este templo, al ver la imagen de María Inmaculada, pensé, con la esperanza firme que tengo de que el alma del Señor Obispo esté en la Gloria: “Ya la Virgen Santísima recibió el ósculo que le envié”.

No olvidemos los preciosos recuerdos que, iluminados por la luz de los recuerdos, nos dejó como caricia para el alma, el Señor Guízar, y pidamos al Cielo las gracias necesarias para poder seguirle por el derrotero que nos dejó señalado, sendero ensombrecido con las tinieblas de la tierra, pero iluminado con los resplandores de la Gloria.

Terminaré; pero antes permitidme un último pensamiento en que engarza mi alma el último recuerdo del Señor Obispo de Veracruz.

El Sr. Guízar, por motivos que no es del caso referir, no pudo misionar en esta Ciudad, como fue su anhelo; pero no quiso marcharse sin dejar a los almas la profunda impresión de su presencia episcopal, y ha querido venir a dar su última mi-

sión. No lo pudo hacer en vida; pero lo consiguió muerto.

Como cuando en épocas pasadas que no volverán, el virtuoso Prelado, el santo misionero, arribaba a esta Ciudad, llegó ayer. Las multitudes, más que nunca, afluyeron a la vera de su camino, con ramos de flores y velas encendidas, con cánticos y plegarias a flor de labio, para mirarle pasar, para grabar en lo más hondo del corazón, el recuerdo precioso de sus virtudes y de sus ejemplos. ¡Y cuántos corazones dormidos despertaron, cuántas almas muertas resucitaron, volviendo por los caminos secretos del amor y del arrepentimiento, a los divinos brazos de Jesús! ¡Ved como está pletórica la Catedral; cómo se confunden en piadoso abigarramiento los sabios y los ignorantes, los buenos y los malos, los ricos y los pobres! ¡Aquí estamos también nosotros, los miembros de su amado Clero, para llorar con vosotros, juntamente, en síntesis profunda de dolor, una lágrima inmensal!

¡Pecadores que estais presentes, recordad el día en que vuestra alma, al eco de las palabras del Obispo ahora muerto, respondió con un grito de amor a Jesús, y si estáis dormidos despertad, si estáis muertos resucitad a la vida del divino amor; poned de vuestra parte cuanto sea necesario para que fructifique la última misión del Señor Obispo de Veracruz!

Su última misión termina. Cuando en vida del Señor Guízar terminaba una misión, Obispo y fieles entonaban el precioso cántico: “Oh Virgen Santa”; en esta ocasión vosotros, con voces impregnadas de llanto, cantaréis, mientras el alma del Sr. Guízar termina la última misión que dió en la tierra, con un cántico de gloria en la eternidad.

Recordemos por final. Cuando el Sr. Guízar partía de la población donde misionaba, iban las multitudes, con ramos

de flores, con el incienso de nuestras oraciones por el descanso de su alma, y con la pedrería de nuestras lágrimas de gratitud, de amargura y de amor, hasta el borde de su tumba, para decirle adios. ¡Que el Señor Obispo de Veracruz descanse en paz!

¿Qué os diré al terminar? En la realidad de los momentos presentes ¿qué es lo que va a quedar para nuestra alma, como recuerdo y esperanza? Una tumba, un trono y un altar. Una tumba, cabe la cual iremos a derramar nuestro llanto; en la Gloria, así lo esperamos de Dios, un trono para el alma del difunto, y en el mundo, pronto tendremos, así lo pediremos al Dios Omnipotente y justiciero, el altar que la Iglesia podrá levantar a un nuevo santo.

Ciudad de Jalapa, a 8 de Junio de 1838.

Pbro. Rafael Rúa Alvarez.

Nota del Editor:— Este elogio fué una mera improvisación del autor, pues 15 minutos antes de la hora, el V. Cabildo lo nombró orador oficial. Y apeándonos a la versión taquigráfica la hemos publicado.

El Más Allá a la luz de la Razón

por el Pbro. Rafael Rúa.
Un precioso libro de divulgación científica en lenguaje popular. \$ 2. 00.

K A P U T

por CAVETH WELLS.
Un viaje a través de Rusia sin guía. Es un libro sensacional. Ha sido prohibido por algunos gobiernos.
\$ 1. 25.

SERMONES

por el Pbro. RAFAEL RUA
Hermosa colección de sermones. Galanura, exquisitez y fragancia, se encuentran en sus páginas.
Precio \$ 1. 50.

PENUMBRAS DEL ALBA

por Guillermo Escamilla.
Es un pequeño libro de poesías. El joven poeta nos presenta sus primicias. Deleita y embelesa con sus poemas. \$ 1. 00.

**AL HACER SU PEDIDO
ACOMPANE EL IMPORTE**

Obrero, campesino,
intelectual, dirigente
de estudios, etc , adquiere

El Problema Obrero en México

POR ELIGIO P.
CARTAGENA

Situación de la clase obrera en México. -
Síntesis de la Doctrina Social Católica. - Síntesis de la Ley Federal del Trabajo. - Comparación entre ellas. - Solución de la Doctrina con relación a los problemas mexicanos, etc. etc.

EDITORIAL VOLUNTAD

APARTADO POSTAL 9083. MEXICO, D. F.